

## AMOR Y MATRIMONIO EN LA EXHORTACION "FAMILIARIS CONSORTIO" DE JUAN PABLO II

Tres son, fundamentalmente, los grandes documentos más recientes del magisterio pontificio que, en materia de matrimonio y familia, han precedido a la Exhortación apostólica «Familiaris consortio»: las encíclicas *Arcanum divinae sapientiae* de León XIII, de 10 de febrero de 1880; la *Casti connubii* de Pío XI, de 31 de diciembre de 1930; y la *Humanae vitae* de Pablo VI, de 25 de julio de 1968. Además, la carta magna del magisterio de la Iglesia Universal en este punto: la Constitución «Gaudium et Spes» nn. 47-52 del concilio Vaticano II acerca de la dignidad del matrimonio y de la familia. Y como denominador común de todas ellas, la gran sensibilidad de la Iglesia, su empeño y su inflexible entereza por velar y custodiar a la familia en todo momento. Y así el concilio Vaticano II no dudó en considerar como algo prioritario, y uno de los problemas más urgentes, el matrimonio y la familia: «entre las numerosas cuestiones que preocupan a todos, hay que mencionar principalmente las que siguen: el matrimonio y la familia...»<sup>1</sup>. Y, en efecto, cada una de esas encíclicas trató de responder a cuestiones y problemas familiares concretos de su momento, a circunstancias peculiares de su época. Así León XIII abordó y presentó las coordenadas y normativa evangélicas del matrimonio cristiano, las leyes defensoras de esta institución natural. Por su parte, Pío XI respondió, también desde el mensaje evangélico, al tema de la anticoncepción condenando enérgicamente los métodos y procedimientos anticonceptivos. Y, finalmente, Pablo VI, en un gesto valiente y en unas circunstancias difíciles y tensas, se pronunció acerca de la regulación de la natalidad, de la paternidad responsable y condenando la anticoncepción. El punto quicial de su encíclica está explicitado en la misma: «queda además excluida toda acción que o, en previsión del acto conyugal, o en su realización, o en el desarrollo de sus consecuencias, se proponga, como fin o como medio, hacer imposible la procreación»<sup>2</sup>.

Hoy Juan Pablo II ha querido recordar a la sociedad, sin juzgar ni condenar, que el futuro de la humanidad se fragua en la familia —de aquí la nuclear y decisiva importancia de ésta—, y, al mismo tiempo, cuáles son los

1. Const. *Gaudium et Spes*, n. 46.

2. Enc. *Humanae vitae*, n. 14; cf. A. MOSTAZA: *La indisolubilidad del matrimonio desde la época postridentina del siglo XVI hasta el Vaticano II*, en *El vínculo matrimonial. ¿divorcio o indisolubilidad?*, Madrid, 1978, págs. 355-370. En una magistral síntesis presenta el autor toda la actividad y documentos pontificios de esta época sobre el particular, a partir de Benedicto XIV (1740-1758); E. LÓPEZ AZPITARTE: *Sexualidad y matrimonio. Reflexiones para una fundamentación ética*, Santander, 1975, págs. 226-247.

pilares inmutables, la doctrina perenne de la Iglesia sobre la familia. Su exhortación es rica y con un gran despliegue de matices, de aquí que ofrezca posibilidad de comentarios diversos<sup>3</sup>. Por nuestra parte, limitamos nuestro examen a resaltar el aspecto jurídico de esos bellos y profundos pasajes que dedica al amor en cuanto principio y fuerza de la comunión conyugal y familiar. Y a tratar de enmarcar el papel que interpreta y encarna el amor en esta específica área. Tema poliédrico y controvertido, somos plenamente conscientes de ello, y hasta inútil, por aquello de que «escribir acerca del amor equivale poco más o menos a arrojar agua a la mar, pues las disertaciones acerca del amor componen las tres cuartas partes de la literatura universal»<sup>4</sup>. Puede parecer, por ello, hablar de lugares comunes o de un tópico literario, pero nosotros no lo juzgamos así, ya que es muy indicativo el destacado lugar que el amor tiene en el presente documento pontificio y la diáfana y clara palabra del pontífice sobre el particular, y ello exige que le prestemos el interés debido, que es mucho; y, por otra parte, para poner bien de relieve, y con el énfasis necesario, los cimientos del matrimonio y de la familia, instituciones que son hoy en día objeto de viscerales y enfurecidos ataques. Y el presente documento del Papa es muy rico y profundo en los dos puntos indicados.

2. Ciertamente, son perfectamente conocidos el esfuerzo y renovado tesón con los que Juan Pablo II insiste y adoctrina en el terreno familiar; y altamente manifiestas su despierta sensibilidad y su constante preocupación por esta materia. Ya en el umbral de su pontificado eligió un tema con el que quiso inaugurar su catequesis de Pastor: la familia. Estas son sus palabras: «aunque somos nuevos en el pontificado —apenas un principiante—, queremos elegir igualmente nosotros temas que afecten en profundidad a la vida de la Iglesia y os sirvan de gran ayuda en vuestro ministerio episcopal. Nos parece que la familia cristiana es buen punto para comenzar. La familia cristiana es tan importante y su papel tan fundamental en la transformación del mundo y en la construcción del Reino de Dios, que el Concilio la llamó «Iglesia doméstica»<sup>5</sup>. Y a lo largo de su actividad apostólica va

3. Cf. el juicio y sinopsis de la *Familiaris consortio*, en "Vida Nueva" 1310 (1982) 24-31; *Familiaris consortio*. Entrevista y firma, en "Palabra" 198 (1982) 16 ss.; R. SIMON: *Un texte majeur sur la famille et le mariage*, en "Informations Catholiques Internationales" 970 (1982) 21-22; J. RATZINGER: *Matrimonio y familia en el plan de Dios*, en "O.R.", e.e., 24.1.82; E. EID: *Il matrimonio mistero della comunione*, en "O.R.", 29.1.82; *I problemi del matrimonio e della famiglia nella "Familiaris consortio"*, en "Civiltà Cattolica" 3158 (1982) 105-122; J. M. DE LAHIDALGA: *La Iglesia y los divorciados del Codex a la Exhortación "Familiaris consortio"*, en "Lumen" 31 (1982) n. 2, págs. 139-166; J. L. LARRABE: *Pastoral del matrimonio y de los divorciados*, Madrid, 1982.

4. FOREL: *La cuestión sexual*, Madrid, 1912, pág. 118; cf. J. PIEPER: *El amor*, Madrid, 1972, pág. 9; "Hay razones más que suficientes que le sugieren a uno no ocuparse del tema del amor. En fin de cuentas, basta con ir pasando las hojas de una revista ilustrada, mientras nos llega el turno en la peluquería, para que le vengan a una ganas de no volver a poner en sus labios la palabra amor, ni siquiera en un futuro lejano".

5. *Discurso a los obispos de la XII región pastoral de los EE.UU.*, en "O.R.", e.e., 8.10.78; cf. J. A. RIESTRA: *Familia y matrimonio en el magisterio de Juan Pablo II*,

haciendo honor a su promesa, va sembrando y esparciendo, en incontables ocasiones, el mensaje cristiano al respecto. Haciéndose heraldo y en perfecta sincronización con el tema urgente y prioritario del Vaticano II: el matrimonio y la familia. Pues, es consciente de que la familia es «la célula primaria y vital de la sociedad»<sup>6</sup>; «la primera escuela de las virtudes sociales, que todas las sociedades necesitan... la primera experiencia de una saludable sociedad humana y de la Iglesia»<sup>7</sup>; «la familia es escuela del más rico humanismo»<sup>8</sup>. Institución natural que viene siendo atacada sistemáticamente desde diversos frentes, abiertamente unas veces y otras de forma solapada y encubierta. Todo ello ha ocasionado y provocado las lógicas heridas y agrietamiento de la misma desde hace varias décadas<sup>9</sup>. Y un embravecido oleaje reciente se ha desatado y enconado contra la familia y su raíz natural: el matrimonio, con el objeto de socabar sus cimientos y alancear sus fibras más íntimas y vitales. De aquí la toma de conciencia eclesial de este peligro real y obstinado, sin tregua ni descanso.

Y así como en otros momentos históricos la conciencia moral cristiana detectó y supo descubrir los males de su época, «hoy lo son especialmente los que se relacionan con la condición sexuada del hombre: matrimonio,

en *Cuestiones fundamentales sobre matrimonio y familia*. II Simposio Internacional de Teología. Universidad de Navarra, Pamplona, 1980, págs. 783-799: pueden verse aquí los discursos, homilías y alocuciones al respecto; F. LOZA: *Un año de magisterio sobre matrimonio y familia (Pablo VI, Juan Pablo I, Juan Pablo II)*, en "Scripta theologica" 11 (1979) fasc. 3, 1105-1110; Dossier. *Matrimonio y familia*. Selección de textos de Juan Pablo II, en "Palabra" 180-181 (1980) 23-28.

6. Decreto conciliar *Apostolicam actuositatem*, n. 11.

7. Declaración conciliar *Gravissimum educationis*, n. 3.

8. Const. *Gaudium et Spes*, n. 52; cf. *Declaración Universal de los derechos humanos*, París, 10.12.48, art. 16, pág. 3: "La familia es el elemento natural y fundamental de la sociedad y tiene derecho a la protección de la sociedad y del Estado"; *Pacto Internacional de derechos económicos, sociales y culturales*, Nueva York, 16.12.66, art. 10, pág. 1: "Se debe conceder a la familia, que es el elemento natural y fundamental de la sociedad, la más amplia protección y asistencia posibles, especialmente para su constitución y mientras sea responsable del cuidado y la educación de los hijos a su cargo..."; *Pacto Internacional de derechos civiles y políticos*, Nueva York, 16.12.66, art. 23, pág. 1: "La familia es el elemento natural y fundamental de la sociedad y tiene derecho a la protección de la sociedad y del Estado"; *Carta Social europea*, Turín, 18.10.61, Parte I, pág. 16 y art. 16: "La familia, en cuanto célula fundamental de la sociedad, tiene derecho a una protección social, jurídica y económica apropiada para asegurar su pleno desarrollo", en A. SÁNCHEZ DE LA TORRE: *Apuntes de Derecho Natural*. Valencia, 1981, págs. 487 ss. Y dice también la Constitución española, art. 39, pág. 1: "Los poderes públicos aseguran la protección social, económica y jurídica de la familia".

9. Cf. J. CASTÁN TOBEÑAS: *La crisis del matrimonio*. Madrid, 1914, págs. 156-162. Ya a principios de siglo el referido ilustre jurista español planteaba con rigor la problemática y teorías que hoy replanteamos nosotros. El mal es crónico. Y resume nítidamente el pensamiento influyente de escritores de la época, en el sentido de que el matrimonio tiene su fundamento en el amor y éste es el que lo consagra y le da su razón de existencia. Y cuando el amor desaparece el matrimonio no tiene sentido ni razón de ser mantenido. Es la clásica argumentación de los divorcistas. Y cita Castán Tobeñas, como precursores de esta corriente de pensamiento, a J. TISSOT: *La mariage, la séparation et le divorce considérées au point de vue du droit naturel, du droit civil, du droit ecclésiastique, et de la moral*, París, 1868; E. ACOLLAS: *Le mariage, son passé, son présent, son avenir*, París, 1880, págs. 50 ss.; E. KEY: *Amor y matrimonio*, Barcelona, 1907, tomo II, pág. 167.

divorcio, anticonceptivos, relaciones sexuales, aborto, paternidad. Nada es tan estrictamente problemático en el horizonte actual del cristianismo»<sup>10</sup>. Y solemnemente nos lo recuerda el concilio Vaticano II: «la dignidad de esta institución —la familia— no brilla en todas partes con el mismo esplendor, puesto que está oscurecida por la poligamia, la epidemia del divorcio, el llamado amor libre y otras deformaciones; es más, el amor matrimonial queda frecuentemente profanado por el egoísmo, por el hedonismo y los usos ilícitos contra la generación... Todo lo cual suscita angustia en las conciencias»<sup>11</sup>. Y a todas estas inquietudes y graves preocupaciones trata de iluminar y abrir nuevos horizontes, desde la vertiente del mensaje evangélico, la Exhortación apostólica «Familiaris consortio». Documento, ciertamente, denso y extenso que exige una despierta atención y consiguiente actitud cristiana de escucha. Juan Pablo II ha apostado por la familia y ésta viene siendo tema urgente y muy prioritario en su pontificado. No intenta en ella un estudio sociológico de la familia, sino precisar y consolidar su misión en el mundo. No ha establecido un código, sino una leal promulgación de los datos revelados y del magisterio acerca de la familia para que el hombre, desde su libertad, los acepte o no. Es decir, nos da una vigorosa visión, una estampa precisa y acabada de la familia desde la fe. Su enfoque es profundamente positivo, subrayando y realizando el plan divino sobre la misma; y diseñando los rasgos y bases puestas por Dios a la familia. Dándonos, en síntesis, las reflexiones de la Iglesia Universal sobre la familia presente en el Sínodo celebrado a tal efecto<sup>12</sup>. Igualmente, Juan Pablo II nos adelanta la finalidad perseguida: «un tratado completo de la problemática actual de la vida de la familia, confrontándola con las posiciones clásicas sobre la doctrina inmutable de la Iglesia, que tienen su manantial en la revelación»<sup>13</sup>.

### 3. Y ello está en perfecta consonancia y equilibrio con las innatas exi-

10. J. MARIAS: *Problemas de cristianismo*, Madrid, 1979, pág. 53. Y creemos pisar tierra firme si afirmamos que la única consigna de muchos jóvenes es el llamado *furor de vivir*, que "significa para la mayor parte de la juventud moderna la plenitud de la vida física, de vida casi animal, la satisfacción completa de las apetencias sensibles del ser humano... vivimos en el siglo de la imagen... nuestra juventud vive sumergida en un mundo que hace del erotismo, a través de los modernos medios de difusión, un instrumento económicamente rentable": J. M. DE LAHIDALGA: *Juventud actual: algunos rasgos fundamentales de su fisonomía*, en "Surge" 21 (1963) nn. 213-214, 305, III.

11. Const. *Gaudium et Spes*, n. 47. Y enérgicamente lo vuelve a repetir JUAN PABLO II: *Discurso a la S. R. Romana* (24.1.81), en "Ecclesia" 2017 (1981) 11: defender el matrimonio para tutelar la familia. Y a este respecto recordar la detallada enumeración de causas que, sobre el punto que nos ocupa, hizo la Conferencia Episcopal Española en su documento sobre *Matrimonio y familia, hoy*, en "Ecclesia" 1945 (1979) nn. 1-27 y 90-114; y la sinopsis que del mismo documento obra en "Vida Nueva" 1189 (1979) 23-27.

12. Cf. *Las 43 proposiciones del Sínodo de los obispos sobre la familia*, en "Ecclesia" 2039 (1981) 9-23; *El Sínodo de la Familia*, Madrid, 1981. Elección, traducción y presentación de textos por F. J. ELIZARI BASTERRA. Delegación de Pastoral familiar de la diócesis de Madrid.

13. *Discurso al Cuerpo Diplomático* (16.1.82), en "Ecclesia" 2064 (1982) 11, n. 9; cf. *Al Tribunal de la S. R. Romana*, en "O.R.", 29.1.82: "nella quale ho raccolto il frutto delle riflessioni sviluppate dai Vescovi nel corso del Sínodo del 1980".

gencias del tema familiar y como intento de respuesta a las circunstancias del momento presente. Traigamos aquí la clásica expresión de que el matrimonio «est principium urbis et quasi seminarium reipublicae»<sup>14</sup>. Pues el matrimonio es la base natural, el origen y raíz de la familia, así como la raíz del matrimonio son el varón y la mujer en cuanto que se les ha dado el poder de procrear y reproducirse. La diferenciación psicofísica de los sexos—virilidad y femineidad— es el verdadero fundamento del matrimonio. Su diferenciación sexual es la que provoca y hace posible la existencia del matrimonio, es decir, «fundamento de una institución es aquello que la hace posible o necesaria, es la razón de la posibilidad de su existencia... el verdadero fundamento del matrimonio es la diferenciación psico-física de los sexos y su fin la integración de los mismos»<sup>15</sup>. El matrimonio y la familia son, por tanto, algo plenamente connatural al ser humano y tan antiguos como la misma humanidad, de forma que el derecho es un *posterius*. Este aparecerá después para regular los aspectos diversos y varios que comporta el fenómeno natural de la familia<sup>16</sup>. Y en este sentido pudo decir Chesterton: «¿será la institución del hogar la primera institución anarquista, puesto que es anterior a la ley e independiente del Estado? («Wuat's wrong with the world», I, VII)<sup>17</sup>. Todo esto viene abundando y remarcando el carácter

14. M. T. CICERÓN: *Los oficios*. Versión castellana de D. MANUEL VALBUENA, Madrid, 1914 tomo IV, lib. I, cap. XVII, p. 35: "Cuatro vínculos de la sociedad, el más fuerte es el de la patria... Porque como sea propio de todos los animales el derecho de multiplicarse, la primera sociedad está en el matrimonio, la segunda en los hijos, de que se forma una casa y un todo común, y éste es el principio de las ciudades y como semillero de la república..."

15. J. CASTÁN TOBEÑAS: *O. cit.*, pág. 157. Fundamento es lo que da la existencia *in potentia*, y causa lo que da la existencia *in actu* (el consentimiento); cf. J. HERVADA-P. LOMBARDÍA: *El Derecho del Pueblo de Dios. III. Derecho matrimonial*, Pamplona, 1973, pág. 17; o como dirá Santo Tomás: el fundamento del matrimonio está en la inclinación de la naturaleza, o sea, "ad quod natura inclinatur": *Summa Theologica*, Suppl. q. 41, a. 1; cf. E. MOLANO: *Contribución al estudio sobre la esencia del matrimonio*, Pamplona, 1977, págs. 28-32.

16. Cf. LACRUZ BERDEJO - SANCHO REBULLIDA: *Derecho de Familia*, Barcelona, 1966, n. 1; cf. T. GARCÍA BARBERENA: *Esencia y fines del matrimonio en la Constitución "Gaudium et Spes"*, en *Curso de Derecho Matrimonial y Procesal Canónico para profesionales del Foro*, Salamanca, 1977, tomo 2, pág. 269. Para este canonista el matrimonio es, por su misma índole, de naturaleza jurídica. Pues "su carga normativa no le viene, como de fuera, de un contrato *circa ius in corpus*, sino que se instala en su misma estructura esencial; no se limita... a ser objeto de una normativa o conjunto de reglas jurídicas que regulan la relación entre los cónyuges atribuyéndoles derechos subjetivos, sino que su juridicidad reside en el centro mismo de lo que hemos dicho que es el matrimonio; su esencia nuclear es por lo tanto derecho, pues la posición recíproca de los cónyuges entre sí y con relación a los fines de la unión conyugal consiste en una relación ético-jurídica que estructura la institución. En la concepción institucionalista del matrimonio... el derecho objetivo no es sólo la norma; también la estructura social, por índole nativa, es derecho (*ubi societas ibi ius*), pues toda organización social se estructura mediante el derecho".

17. Cf. H. DE AZEVEDO: *Matrimonio para la familia*, en "Palabra" 180-181 (1980) 19; cf. LE PLAY: *La reforma social en France*, París, 1867, tomo I, pág. 321: la familia es quizá la única institución que, considerada en sus elementos esenciales, no ha sido formalmente negada a nombre de la ciencia, de la justicia y del derecho natural. La familia se impone, en toda organización regular, de una manera todavía más imperiosa que la propiedad", en J. CASTÁN TOBEÑAS: *O. cit.*, pág. 34, nota 1.

natural de la familia y del matrimonio: su entraña de institución natural<sup>18</sup>. Representando y siendo la familia «la garantía de la humanización de las nuevas generaciones, primera experiencia de la sociabilidad humana, escuela natural o insustituible del matrimonio y la familia futuras de los hijos, germen de virtudes personales y convivenciales, raíz del sentimiento de fraternidad entre los miembros de la sociedad, cuna y hogar y refugio incondicionales, el *habitat* natural para nacer, crecer y morir precisamente como personas, esto es, amadas y acompañadas en la radical irrepeticibilidad del yo último y desnudo de cada uno. Por eso la familia es la sede natural de la primera experiencia de lo trascendente y de la divinidad»<sup>19</sup>. De aquí que frente a este huracanado vendaval contra el matrimonio y la familia, frente a no pocos superficiales y frívolos escritos de estos últimos tiempos sobre el tema que nos ocupa, sea necesario recordar, con energía y gratitud, que «cualquiera que sea la profundidad de esos fenómenos —divorcio, aborto, etc.—, en nada menguan la importancia permanente de la familia, a través de sus cambios estructurales, como célula fundamental de la sociedad destinada, por Derecho natural, a formar y generar en su seno nuevas reservas vitales para la comunidad humana de cada tiempo... En cualquier tiempo y circunstancia, y sea su composición amplia o reducida, permanece la misión espiritual y moral de la familia, como refugio de la civilización y de los afectos humanos: de esa atmósfera de ayuda mutua, abnegación y sacrificio, en la que se ha de desarrollar lo mejor de cuantos la componen»<sup>20</sup>. Y bella y profundamente describe Juan Pablo II el cometido de la familia cristiana: «recibe la misión de custodiar, revelar y comunicar el amor, como reflejo

18. Cf. Const. *Gaudium et Spes*, n. 48. Es decir, «la institución matrimonial no es una ingerencia indebida de la sociedad o de la autoridad ni la imposición intrínseca de una forma, sino exigencia interior del pacto de amor conyugal, que se confirma públicamente como único y exclusivo, para que sea vivida así la plena fidelidad al designio de Dios Creador»: Exhort. *Familiaris consortio*, n. 11; cf. Comisión teológica internacional: *Proposiciones sobre algunas cuestiones doctrinales referentes al matrimonio cristiano*, en «Revista Española de Derecho Canónico» 35 (1979) n. 100, 124.

19. P. J. VILADRICH: *La familia de fundación matrimonial*, en *Cuestiones fundamentales sobre matrimonio y familia*, o. cit., pág. 351; cf. L. LEGAZ Y LÁCÁMBRA: *Filosofía del Derecho*, Barcelona, 1961, pág. 755: «en ella —la familia— los padres encuentran el verdadero ser y sentido de su vida y los hijos no sólo la condición de su existencia y desarrollo físicos, sino la base de su desenvolvimiento espiritual, la raíz de su personalidad, la cual habrá de completarse con la creación de una familia nueva». O como dijera el poeta: «yo aprendí en el hogar en que se funda la dicha más perfecta, y para hacer mía quise yo ser como mi padre era y busqué una mujer como mi madre entre las hijas de mi hidalga tierra. Y fui como mi padre, y fue mi esposa viviente imagen de la madre muerta»: J. M. GABRIEL Y GALÁN: *Castellanas: El ama*, en J. SINTES PROS: *Diccionario de frases célebres*, Barcelona, 1963, pág. 168. Es un principio evidente que la familia tiene estructura familiar.

20. LACRUZ BERDEJO-SANCHO REBULLIDA: O. cit., n. 11; cf. SCHMOLLER: *Principes de Economie Politique*, París, 1905, tomo II, p. 59: «el matrimonio no sólo sigue útil y necesario, sino que hoy es más indispensable que nunca. Cuanto más agitada se hace la vida... más se hace sentir la necesidad de un pequeño círculo seguro y cerrado, donde reine el amor, la confianza, el abandono, tal como sólo puede ofrecerlos la familia», en J. CASTÁN TOBEÑAS: O. cit., pág. 603.

vivo y participación real del amor de Dios por la humanidad y del amor de Cristo Señor por la Iglesia, su esposa»<sup>21</sup>.

4. Cuanto precede nos plantea cuestiones de indiscutible y palpitante actualidad. Y todas ellas girando en torno al papel que el amor juega en el matrimonio, pues «la comunidad de vida, tan cerrada e íntima... impuesta a los cónyuges es inteligible... y... no permanecerá firme sin una unión realmente íntima de las almas basada en un amor robusto»<sup>22</sup>. Y ello es así porque «donde falta el amor, los cónyuges carecen de un estímulo válido para realizar con sinceridad todos los cometidos y mutuos deberes de la comunidad conyugal... el amor conyugal, aun cuando no se adquiera en el campo del derecho, ejerce, sin embargo, un cometido nobilísimo y necesario en el matrimonio»<sup>23</sup>. Y si esto fuera poco, añadamos que desde la perspectiva de la esencia del matrimonio hay que traer a colación esos textos de la Constitución «Gaudium et Spes» nn. 48 y 50: «Por su índole natural, *la institución del matrimonio y del amor conyugal* están ordenados por sí mismos a la procreación y a la educación de la prole»; «*El matrimonio y el amor conyugal* están ordenados por su propia naturaleza a la procreación y educación de la prole». Y obsérvese que en estos textos el amor conyugal está colocado en idéntico plano que el matrimonio, con el mismo rango que éste, aunque «no como dos realidades idénticas (pues están separadas por la conjunción copulativa), pero sí tan trabadas entre sí, que parece como si la una no fuera inteligible sin la otra... A estos textos podemos añadir otro también del n. 50,1 según el cual el cultivo verdadero del amor conyugal es la fuente de la vida familiar, y que uno y otra tienden a cooperar en el plan de Dios que cada día aumenta y enriquece su familia»<sup>24</sup>. Y a esto súmese cuanto dice la Exhort. «Familiaris consortio» nn. 18-19, y a los que más adelante nos referiremos.

Por tanto, ¿qué calificación y consideración jurídica hay que atribuirle al amor? ¿Es a caso el amor fundamento, causa eficiente o elemento esencial del matrimonio? Su ausencia a la hora de celebrar el matrimonio o su de-

21. Exhort. *Familiaris consortio*, n. 17.

22. A. DE SMET: *De Spondalibus et Matrimonio*, Bruges, 1927, n. 269; cf. A. ARZA: *Influencia de la cultura en el matrimonio*, en "Estudios de Deusto" 26 (1978) 306-307. Examina las posibles motivaciones del matrimonio: por mera tendencia sexual, por atracción erótica, por conveniencia, y contrastando sus casi seguros fracasos, afirma que "cuando el matrimonio se realiza por amor, que es *ser en otro*, surge entre las personas una relación interpersonal y una interacción total entre las dos personas, que no sólo se complementan, sino que se perfeccionan y hacen que en la relación dinámica de las dos personas, éstas lleguen a su plenitud. El amor no es búsqueda de sí mismo... sino búsqueda de la realización de la otra persona, con la que se une por amor...". Es claro que el amor no es fin del matrimonio, sino medio para éste.

23. PABLO VI: *Al Tribunal de la S. R. Romana* (29.2.76), en "Ecclesia" 1779 (1976) 9; el mismo: *Enc. Humanae vitae*, n. 9: "el amor conyugal es ante todo un amor del todo humano que abarca lo sensible y lo espiritual; es un amor pleno que supera el egoísmo personal y tiende a la felicidad del otro; es un amor fiel y excluyente; y es un amor fecundo, que no se agota en la comunión de vida entre los cónyuges, sino que también aspira a su prolongación y al nacimiento de nuevas vidas".

24. T. GARCÍA BARBERENA: *O. cit.*, pág. 263.

saparición una vez celebrado ¿conlleva necesariamente alguna consecuencia jurídica esencial y determinante?

En efecto, esa vida problematizada y hasta en crisis de la institución familiar de que tanto se habla «tiene su última raíz en esta tensión, que pertenece a su esencia, entre lo que hay en él de hecho de la vida personal fundado en el amor —en el amor de enamoramiento— y de institución social, que debe subsistir, aun cuando la pasión amorosa haya desaparecido, porque sigue sometido a la «ley del amor», al amor como caridad, que *debe* subsistir entre los esposos»<sup>25</sup>. Este es el quicio y la esencia del problema, su punto neurálgico, de ayer y de hoy: ¿perdura el matrimonio aunque haya muerto el amor? Digamos de entrada que puede afirmarse que el amor es esencial al matrimonio en cuanto delatador de la necesidad del matrimonio, de que puede empujar a la voluntad humana a comprometer dos vidas en una alianza conyugal, a generar y constituir una relación jurídica; pero no se olvide el agente causal de ésta: el mutuo consentimiento de los cónyuges. Este es la causa eficiente, la que hace que el matrimonio surja a la vida. Por ello, el amor, ya lo adelantamos, no vincula en sentido jurídico, pues el matrimonio perdura aunque el amor haya muerto. El matrimonio es independiente y está a salvo, jurídicamente hablando, de los avatares y vaivenes que pueda correr el amor. O sea, el pacto trasciende lo personal. El matrimonio se conforma y se establece sobre el consentimiento personal e irrevocable de los cónyuges, y creando una realidad objetiva, un vínculo que está fuera y sobre quienes lo prestaron, dejando de depender de la decisión humana<sup>26</sup>. Nunca el amor puede ser causa eficiente ni condición esencial del mismo. Y en este sentido y dirección nos dirá esta sentencia del Supremo Tribunal de la Signatura Apostólica que «en toda la tradición de la Iglesia, el consentimiento matrimonial es entendido como un acto de la voluntad de índole pacticia, puesto el cual se origina una relación jurídica o vínculo por el cual el hombre y la mujer se constituyen en marido y mujer... porque se trata de un acto de la voluntad de índole contractual, esta relación desenvuelve su existencia independientemente de la subsiguiente voluntad de los cónyuges... el efecto de este acto, con el cual los cónyuges mutuamente se dan y se aceptan, es «una institución de ordenación divina firme también ante la sociedad» ...el vínculo no deja de existir aunque desaparezca el amor, cese la voluntad de los cónyuges en permanecer en relación de marido y mujer,

25. L. LEGAZ Y LACAMBRA: *El Derecho y el amor*, Barcelona, 1976, pág. 131; J. CASTÁN TOBEÑAS: *O. cit.*, pág. 157: "Lo que hay es que esa oposición de los sexos y la consiguiente necesidad de su integración se nos revela por el sentimiento del amor, y éste es, por tanto, un delator, un síntoma de la necesidad del matrimonio, pero nunca su fundamento mismo. No; el matrimonio es una institución moral, social y jurídica, y los sentimientos son base muy frágil para las instituciones. El verdadero fundamento del matrimonio es la diferenciación psico-física de los sexos".

26. Cf. Const. *Gaudium et Spes*, n. 49: "este amor, ratificado por la mutua fidelidad y sobre todo por el sacramento de Cristo, es indisolublemente fiel en cuerpo y mente, en la prosperidad y en la adversidad, y, por tanto, queda excluido de él todo adulterio y divorcio".

o venga a bajo la "comunidad de vida y de amor", en su realidad —como dicen— existencial»<sup>27</sup>.

Es decir, en toda la tradición eclesial, recogida en el canon 1081, p. 1, el matrimonio lo produce el consentimiento entre personas hábiles legítimamente manifestado. Y es tan unánime el proceder de la jurisprudencia rotal en este punto que puede afirmarse, sin lagunas ni discrepancias, que «las decisiones de la Rota Romana más recientes niegan con desacostumbrada unanimidad la nulidad del matrimonio cuando ésta se hace derivar del defecto de amor»<sup>28</sup>.

5. Y espigando sólo algunas sentencias rotales sobre el tema, vemos que «mas porque la falta de amor por sí no impide el consentimiento matrimonial, ni vuelve al contrayente del todo incapaz para obtener los fines del matrimonio, por lo menos esencialmente, ...hasta el presente el derecho nunca requirió este elemento psicológico del amor para la validez. Y esto no ha sido cambiado por el Vaticano II. Pues, ni en el texto definitivo, ni en los esquemas previos, ni en las relaciones, ni en los atentos exámenes de los modos realizados por las Comisiones, se afirma que sea el amor matrimonial esencial de la alianza matrimonial, desaparecido el cual, o excluido positivamente, el matrimonio resulta nulo. Por el contrario, en el Anexo sobre el amor se lee esto: la validez del consentimiento y, por consiguiente, del mismo matrimonio, no depende de un grado particular de perfección de ese amor, mientras el consentimiento sea libre y no se excluya positivamente la unidad, la indisolubilidad o la fecundación»<sup>29</sup>; «no afecta la validez del

27. STSA, *Nullit. matrim.* (29.11.75), coram Card. STAFA, en "Periodica" 66 (1977) 304-306; cf. SRR, *Nullit. matrim.* (4.12.75), coram ANNÉ, in "Ephemerides Iuris Canonici" 33 (1977) nn. 1-2, 177: "por la irrevocabilidad de su consentimiento, en el matrimonio *in facto esse* ambas partes están vinculadas durante toda la vida, aunque la vida en común falte del todo o se arruine del todo, al faltar plenamente los cónyuges en construir el consorcio de la vida conyugal. Por lo tanto, también la naturaleza del matrimonio *in facto esse*, considerada en su íntimo fundamento, consiste en el mismo vínculo o en los mismos derechos irrevocablemente entregados y en los mismos deberes irrevocablemente aceptados en el mismo día de las nupcias"; cf. también SRR, *Nullit. matrim.* (22.2.72), coram PARISELLA: *Ibid.*, pág. 119 ss.

28. J. M. SERRANO: *El derecho a la comunidad de vida y amor conyugal como objeto del consentimiento matrimonial: aspectos jurídicos y evolución de la jurisprudencia de la S. Rota Romana*, en "Ephemerides Iuris Canonici" nn. 1-4, 63; y cita estas sentencia: una c. FAGIOLO, de 30 de octubre de 1970; otra de enero de 1971; c. PALAZZINI, de 2 de junio de 1971; c. ABBO, de 3 de junio de 1969; c. PINTO, de 30 de julio de 1969; c. PARISELLA, de 22 de febrero de 1973; c. DE JORIO, de 6 de febrero de 1974; c. FIORE, de 16 de julio de 1974; c. MASALA, de 12 de marzo de 1975; el mismo: *Líneas generales de evolución de la jurisprudencia rotal en las causas de nulidad de matrimonio*, en *Curso de Derecho Matrimonial y Procesal Canónico para profesionales del Foro*, Salamanca, tomo 2, págs. 373-374; cf. L. DEL AMO: *El amor conyugal y la nulidad de matrimonio en la jurisprudencia*, en "Ius Canonicum" 17 (1977) n. 34, 83-91; SRRD, *seu Sent.*, vol. 61, pág. 703, n. 3, coram ABBO: "el amor no puede ser reducido a los límites de la ley o de los cánones y nunca hubo en ningún Tribunal balanzas que sirvieran para medir el amor"; cf. U. NAVARRETE: *Structura iuridica matrimonii secundum Concilium Vaticanum II. Momentum iuridicum amoris coniugalís*, Romae, 1977, págs 107 ss.

29. SRRD, *seu Sent.*, vol. 61, p. 902, n. 3, coram PINTO; cf. F. LÓPEZ ILLANA: *Sobre el amor conyugal y la estructura jurídica del matrimonio*, en *El consentimiento*

matrimonio el que se contraiga sin amor, pues el amor no hace el matrimonio, sino el consentimiento»<sup>30</sup>; «la carencia de amor no daña a la validez, siendo así que el matrimonio lo hace el consentimiento, no el amor»<sup>31</sup>; «el amor, aunque haya estado presente al arreglar el matrimonio, es conveniente como elemento moral, sin embargo, no se requiere como elemento jurídico, contractual, el cual está en el solo y libre consentimiento»<sup>32</sup>, etc., etc.

Sin olvidar en este orden de cosas que, al hablar de amor, estamos ante un término equívoco, ante una expresión que puede entrañar muchos sentidos; ya que su concepto es multivalente y no fácilmente catalogable, «porque solemos hablar del amor como de una especie afectiva diferenciada y definida; en cierto modo como de un *corpo simple* en la alquimia de los sentimientos; y lo cierto es que el amor... es una cosa muy compleja y de vario y equívoco contenido. Se llama amor a muchas cosas que son muy diferentes, aunque su raíz profunda sea la misma...»<sup>33</sup>. Ello no implica que intentemos, en modo alguno, quitar importancia al papel y misión que el amor desempeña en el matrimonio y su entorno, que es mucho y ello es evi-

*matrimonial hoy*, Salamanca, 1976, págs. 303-311: puede verse aquí bastante jurisprudencia rotal sobre la irrelevancia jurídica del amor en el matrimonio.

30. *SRRD, seu Sent.*, vol. 9, dec. 14, pág. 134, n. 17, coram PRIOR; cf. vol. 5, dec. 50, pág. 627, n. 31, coram PRIOR.

31. Vol. 9, dec. 22, pág. 214, n. 7, coram PRIOR; vol. 24, dec. 33, pág. 316, n. 2, coram HEARDK vol. 52, pág. 370, n. 20, coram BONET.

32. Vol. 60, pág. 935, n. 8, coram PARISELLA; vol. 34, pág. 751, n. 2, coram WYNEN; es decir, «el amor no hace el matrimonio ni es uno de sus elementos esenciales... por falta de amor el matrimonio celebrado no es inválido, ni por ello el matrimonio puede ser disuelto o separados los cónyuges»: L. DEL AMO: *Sentencias, casos y cuestiones en la Rota Española*, Pamplona, 1977, págs. 143-4-35, n. 3. Ofrece el autor bastante jurisprudencia al respecto; cf. una de 16 de julio de 1974, coram FIORE, y en la que se lee: «A menos que alguien siguiendo una doctrina que contradice los principios cristianos quiera proclamar que el matrimonio cristiano, al cesar el amor se hace disoluble... quienes pretenden que el matrimonio se constituye por el amor, no por el consentimiento irrevocable, admiten el divorcio, aunque no se atreven todavía a reconocerlo», en J. M. SERRANO RUIZ: *Aspectos jurídico-canónicos del amor conyugal en las causas de nulidad de matrimonio*. Iltre. Colegio de Abogados de Barcelona. Barcelona, 1977, pág. 21; *SRRD, seu Sent.*, vol. 61, pág. 183, n. 15, coram ANNÉ: «Entre las relaciones que constituyen la vida común unas son esenciales, sin las cuales no se da el matrimonio, otras integrantes que ciertamente son importantes para que el matrimonio se verifique con perfección, pero que pertenecen más bien al orden existencial, como el amor y el afecto respetuoso y la creciente armonía y complementariedad de caracteres».

33. G. MARAÑÓN: *Ensayo sobre la vida sexual*, Madrid, 1969, pág. 186; K. WOJTYLA: *Amor y responsabilidad*, Madrid, 1978, págs. 75 ss.; J. HERVADA: *Cuestiones varias sobre el matrimonio*, en «Ius Canonicum» 13 (1973) n. 25, 49 ss.; L. DEL AMO: *El amor conyugal*, o. cit., ppágs. 76-80; *SRRD, seu Sent.*, vol. 62, págs. 981-982, n. 5, coram FAGIOLO; T. GARCÍA BARBERENA: *O. cit.*, pág. 270: la primera dificultad es «saber de qué hablamos cuando hablamos de amor, pues la palabra es multivalente, abarca desde la pasión indiferenciada, pasando por los distintos niveles e intensidades del sentimiento, hasta el acto aséptico de la voluntad que quiere el bien del otro. Otra dificultad nace de que, si todos vemos un estrecho parentesco entre amor y matrimonio, pero no está claro si hemos de situar el amor en el consentimiento o en la esencia, o en los fines, o en los tres sectores de algún modo»; cf. E. MOLANO: *O. cit.*, págs. 62-75.

dente; y, por eso, nos hacemos eco del hincapié que sobre el particular hacen los autores<sup>34</sup>.

Y teniendo igualmente presente que el amor es principio y fuerza de la comunidad conyugal y familiar, pues «el amor que anima las relaciones interpersonales de los diversos miembros de la familia, constituye la fuerza interior que plasma y vivifica la comunión y la comunidad familiar»<sup>35</sup>. Pero a pesar de ello, y aunque el amor haya muerto, el matrimonio-institución sigue en pie. Permanece plenamente válida la alianza conyugal que un día inauguraron, y para siempre, con el mutuo consentimiento. Así como también continúa viva y vigente la obligación libremente adquirida, de forma irrevocable, de seguir amándose en las alegrías y en la salud y, lo mismo, en las penas y en la enfermedad. No se destruye ni aniquila el matrimonio si falta el amor: subsiste el pacto que trasciende lo personal; permanece el matrimonio como realidad jurídica que está por encima del arbitrio o decisiones humanas. A este respecto nos dirá este destacado canonista que «el amor conyugal no es el acto mismo del consentimiento. El objeto sobre el que recae ese acto es el matrimonio mismo en cuyo centro se encuentra el amor, pero una cosa es el acto subjetivo de contraer y otra el matrimonio contraído... Ni siquiera el amor en cuanto *dilectio*, que connota la elección del objeto amado, coincide con el consentimiento matrimonial en el cual podría decirse que se elige entre matrimonio y no matrimonio, pero esa elección no es la *dilectio* del amor conyugal... (pero) por el hecho de hacer nacer el matrimonio los esposos asumen el deber ético-legal de amarse transformando la alteridad propia de la *amicitia* "sub ratione cuiusdam debiti amicalis", en alteridad de justicia "sub ratione debiti legalis"... Este radical deber conyugal de amarse como corresponde a los esposos, asumido en la mutua donación personal, es la raíz de los deberes de los cónyuges y la fuente de sus derechos subjetivos»<sup>36</sup>.

6. Es decir, el amor no es fundamento, ni causa eficiente, ni pertenece a la sustancia del consentimiento, ni tampoco es fin del matrimonio. En nin-

34. Cf. *SRRD, seu Sent.*, vol. 62, págs. 979-986, nn. 3-9, coram FAGIOLO; J. M. SERRANO RUIZ: *Aspectos jurídico-canónicos del amor conyugal*, o. cit., págs. 1-26; J. C. FORD - G. KELLY: *Problemas de teología moral contemporánea. II. Cuestiones matrimoniales*, Santander, 1966, págs. 96-116; L. VELA: *La disciplina matrimonial vigente a la ley del Vaticano II y de la nueva codificación*, en *Cuestiones matrimoniales y canónicas: temática actual*, Madrid, 1976, págs. 22-34; el mismo: *La "communitas vitae et amoris"*, en *El Consentimiento matrimonial, hoy*, Salamanca, 1976, págs. 91-111; V. RAMALLO: *La estabilidad del amor y del matrimonio*, en "Razón y fe" enero (1977) 28-37; F. GIL DELGADO: *El objeto del consentimiento matrimonial y la "communio vitae"*, en *Curso de Derecho Matrimonial y Procesal Canónico para profesionales del Foro*, Salamanca, 1978, tomo 3, págs. 142-145; y los trabajos de los Prof. NAVARRETE, ROBLEDA, GUTIÉRREZ, VILADRICH, etc.

35. Exhort. *Familiaris consortio*, n. 21; cf. J. CASTÁN TOBEÑAS: *O. cit.*, pág. 159: "aunque el amor no sea ni el fundamento ni la consagración del matrimonio, no por eso su misión dejar de ser excelsa. En el matrimonio como acto, sirve el amor para guiar e iluminar la elección; en el matrimonio como estado, para facilitar el cumplimiento de sus fines, dulcificando los deberes penosos de la vida".

36. T. GARCÍA BARBERENA: *O. cit.*, págs. 275-276.

gún momento el Vaticano II ha hablado del amor como fin y ello porque el amor es algo subjetivo, no se puede objetivar. Es cierto que el amor y el matrimonio se dirigen a un mismo fin «pero no por eso pueden identificarse. El amor es un estado *afectivo*, el matrimonio un estado *social y legal*. El primero es la *tendencia espontánea* a la solidaridad de los sexos y a la procreación; el matrimonio es la *garantía social* de que han de cumplirse, con voluntad directa o sin ella, los deberes y responsabilidades del amor»<sup>37</sup>. El tema ha tenido, en efecto, sus apologistas y maximalistas que han visto en el amor el elemento que consagra el matrimonio. Tema fronterizo y actual el que nos ocupa, vivo y atrayente. Y, como no podría ser de otra manera, su eco, repercusión e incidencia frontal sobre el matrimonio tuvo perfecta acogida en la sensibilidad del magisterio pontificio. Así Pablo VI contestó a todo este entretejido saliendo al paso de ciertas teorías que consideran «el amor conyugal como un elemento de tan gran importancia, incluso en el derecho, que someten a él la validez misma del vínculo matrimonial, y por ello abren la puerta al divorcio... como si al faltar el amor... faltase la validez misma de la irrevocable alianza conyugal, que ha surgido del libre y pleno consentimiento del amor... en modo alguno puede admitirse una doctrina del amor conyugal que conduzca a abandonar o a disminuir la fuerza y el significado del conocidísimo principio: el matrimonio está constituido por el consentimiento de las partes... dicho consentimiento es un acto de la voluntad con carácter de pacto... que, ciertamente, produce, en un punto de tiempo indivisible, el efecto jurídico o vínculo matrimonial *in facto esse*, o estado vital, y posteriormente no tiene fuerza alguna para "la realidad jurídica" que creó. De donde se sigue que, al crear al mismo tiempo el efecto jurídico o vínculo matrimonial, tal consentimiento se convierte en irrevocable y carece de fuerza para destruir lo que creó... Hay que negar, bajo todos los conceptos, que, al llegar a faltar cualquier elemento subjetivo, como es, en primer lugar, el amor conyugal, no pueda existir como realidad jurídica, que arrancó su origen del consentimiento dado una vez y jurídicamente eficaz para siempre»<sup>38</sup>.

37. J. CASTÁN TOBEÑAS: *O. cit.*, pág. 602; cf. J. HERVADA: *Cuestiones varias sobre el matrimonio*, en "Ius Canonicum" 13 (1973) n. 25, 48; J. HERVADA - P. LOMBARDIA: *El Derecho del Pueblo de Dios*, o. cit., págs. 103-104: "el amor no es, de ningún modo, fin del matrimonio, ni puede definirse el conyugio como una institución o comunidad para que los cónyuges se amen. El matrimonio no es, desde luego, el amor, como no es amor la unión de hecho; la unión es siempre un efecto o fruto del amor... Precisamente por ser el matrimonio efecto del amor, es imposible que el amor sea fin del matrimonio".

38. *Al Tribunal de la S. Rota Romana* (9.2.76), en "Ecclesia" 1779 (1976) 8-9; varios principios jurídicos quedan reafirmados en este importante discurso de Pablo VI, a saber: "1. Consensus partium facit matrimonium; 2. Consensus partium est consensus indolis pacticiae; 3. Matrimonium semel creatum pergit existere ut realitas iuridica, etiamsi deficiant quaelibet elementa subiectiva, imprimis amor coniugalis; 4. Reiciendus est conceptus amoris qui perducatur ad relinquendam vel imminuendam vim principii: matrimonium facit partium consensus; 5. Amor exhibetur ut "vis quaedam ordinis psychologici, cui Deus ipsos matrimonii fines praestituit"; 6. R. Pontifex, etsi non intendit decidere quaestionem technicam num amor coniugalis habeat necne momentum iuridicum (relevanza iuridica), expresse affirmat amorem coniugalem

Y en el reciente discurso de Juan Pablo II a la Rota Romana le ha recordado lo mismo, que el matrimonio es un pacto de amor y por amor y éste no podemos reducirlo a afectividad sensible, a atracción pasajera, a sensación erótica, a impulso sexual, a sentimiento de afinidad, a simple gozo de vivir. El amor es esencial don... Hablando del acto de amor, el Concilio supone un acto de donación, único y decisivo, irrevocable como lo es un don total, el cual quiere ser y permanecer mutuo y fecundo... quien se entrega, lo hace con el conocimiento de obligarse a vivir su don para el otro. Si el otro concede un derecho es porque tiene la voluntad de entregarse; y se entrega con la intención de obligarse a realizar las exigencias del don total libre-mente hecho por él»<sup>39</sup>. Así de terminante y diáfano es el lenguaje del pontífice. Y todo él asido en la doctrina conciliar del Vaticano II cuando afirma que del «acto humano por el cual los esposos se dan y se reciben mutuamente, nace, aun ante la sociedad, una institución confirmada por la ley divina. Este vínculo sagrado... no depende de la decisión humana»<sup>40</sup>.

7. Así, ciertamente, el matrimonio crea una obligación de mutuo amor entre los esposos. Obligación tan firme y perpetua como el mismo matrimonio, porque es «el amor conyugal un auténtico deber jurídico impuesto por el imperativo naturalmente humano de un instituto, que hace del amor una experiencia, que como tal —y también *a fortiori* hecha realidad— permanece con la perpetuidad con que la dignidad, sinceridad y connaturalidad humanas imponen la perdurabilidad del matrimonio»<sup>41</sup>. En modo alguno puede dejarse la firmeza y existencia del vínculo conyugal a los vaivenes propios del amor, ya que la indisolubilidad del matrimonio, su estabilidad se apoyarían en una muy frágil arena y tierra pantanosa, en piso excesivamente resbaladizo y voluble. Si se considerara inexistente el vínculo matrimonial desde el momento en que no lo informara el amor, ello significaría el tiro de

non assumi in provincia iuris, quod idem esse videtur ac affirmare amorem non habere momentum iuridicum”: U. NAVARRETE: *Amor conyugal y consensus matrimonialis*, in *Quaedam problemata actualia de matrimonio*, Romae, 1980, pág. 184.

39. *Al Tribunal de la S. Rota Romana* (28.1.82), en “Ecclesia” 2065 (1982) 14, nn. 3 y 6.

40. Const. *Gaudium et Spes*, n. 48; cf. L. LEGAZ Y LACAMBRA: *El Derecho y el amor*, o. cit., págs. 134-135: “el matrimonio es, pues, una institución en la que juegan factores altamente personales, pero de suyo a lo que acontece en el plano de la vida puramente personal: es personalísimo el acto de la *fundación*, como lo es el amor que se corona, culmina y realiza en plenitud en el matrimonio y al realizarse se objetiva, aunque corre también el riesgo de desrealizarse y perderse... El matrimonio no puede ser una mera unión para el trato sexual más o menos duradera, pero cuya duración se haya depender sólo del hecho de que los dos conyúges se sientan enamorados. Pues aun cuando ya no lo estén, han creado algo que les trasciende, que posee objetividad y dura por sí mismo”.

41. J. M. SERRANO: *El Derecho a la comunidad de vida y amor conyugal*, o. cit., págs. 67-68; cf. T. GARCÍA BARBERENA: *O. cit.*, pág. 276: “este radical deber conyugal de amarse como corresponde a los esposos, asumido en la mutua donación personal, es la raíz de los deberes de los cónyuges y la fuente de sus derechos subjetivos. De ese amor conyugal dice el Concilio que es eminentemente humano porque va de persona a persona, pues abarca el bien de toda la persona ennobleciendo así todas sus manifestaciones y signos, pues todos ellos son expresiones de la amistad conyugal”.

gracia y la total destrucción de la indisolubilidad y del matrimonio-institución. Pues, si, como enseña la Iglesia, el matrimonio es indisoluble, es evidente que «dentro del matrimonio no pueden haber elementos cuya subsistencia o permanencia tengan la virtualidad o fuerza de destruir o deshacer el matrimonio que fue válido un momento. Por eso, el amor en el matrimonio no se puede considerar como elemento esencial, constitutivo de la institución matrimonial; porque, si dado un momento el amor cesa, el matrimonio cesaría y esto destruiría la indisolubilidad... los esposos, al prestar libremente su consentimiento matrimonial, entran dentro de un orden objetivo o una *institución*, que no depende de su voluntad ni de elementos subjetivos, provenientes de los cónyuges, sino que tiene una naturaleza propia y unas leyes que la rigen, independientemente de la voluntad de los contrayentes... Y esas leyes no dependen de la existencia o inexistencia de un elemento subjetivo, como es el amor»<sup>42</sup>. Podrá desvanecerse o desaparecer el amor entre los esposos, y ello por las más variadas y complejas causas y, en ocasiones buscadas y premeditadamente provocadas, pero lo que jamás desaparecerá será el deber mutuo de seguir amándose, pues el matrimonio es una realidad institucional, un pacto de amor indisoluble que hunde sus raíces en la voluntad fundacional del Creador y que se rige por sus leyes propias. Esta realidad: la íntima comunidad de vida y de amor se asienta y se establece sobre la alianza de los cónyuges, o sea, su consentimiento personal e irrevocable es la causa eficiente<sup>43</sup>.

Y en este sentido el amor, como deber jurídico contraído de amar al otro, es algo esencial en el matrimonio, en la sociedad conyugal instaurada por el consentimiento. Y así nos dirá Juan Pablo II que «el amor entre el hombre y la mujer en el matrimonio y, de forma derivada y más amplia, el amor entre los miembros de la misma familia... está animado e impulsado por un dinamismo interior e incesante que conduce la familia a una *comunidad* cada vez más profunda e intensa, fundamento y alma de la *comunidad* conyugal y familiar... El amor que anima las relaciones interpersonales de los diversos miembros de la familia, constituye la fuerza interior que plasma y vivifica la *comunidad* y la *comunidad* familiar»<sup>44</sup>.

Ahora bien, esta comunidad de vida y amor es resultado y fruto del amor conyugal a través del pacto conyugal. Mediante él, consistente en un acto de la voluntad, el hombre y la mujer se hacen entrega mutua de una vez para siempre. Esta alianza o pacto conyugal realiza una entrega plena, tanto de lo presente como de lo futuro. De aquí que «el pacto conyugal es el acto de amor fundacional de la unión entre personas y de la unidad en la naturaleza —una caro— o, en términos más clásicos, la causa eficiente del matrimonio. La potencial *communitas vitae et amoris* ha sido asumida en acto, al actualizarse todo su despliegue futuro en el acto decisivo fundacional. En este sentido, el futuro desarrollo de la vida conyugal es algo de-

42. A. ARZA: *¿Perdura el matrimonio sin amor?*, en "Sal Terrae" 5 (1976) 390-391.

43. Cf. Const. *Gaudium et Spes*, n. 48.

44. Exhort. *Familiaris consortio*, nn. 18 y 21.

bido y exigible en justicia, porque en el pacto conyugal fue asumida y fundada *in actu*»<sup>45</sup>.

8. Crea, por tanto, el pacto conyugal un deber jurídico: el de llevar a plenitud el compromiso adquirido. Su no verificación no destruye la fuerza del pacto ni el efecto del mismo: un vínculo jurídico que comporta unos derechos y unas obligaciones esenciales. Y entre éstas, la de hacer posible ininterrumpidamente esa comunión de amor. Y si ésta faltare, siempre queda en pie el deber de hacerlo mutuamente posible. Y bajo este aspecto, el amor es clave en la vida conyugal, pues él ha de ser el intérprete y constructor de la leal comunión de vida y de amor entre los esposos. Por ello, su decisiva y capital importancia, y en este sentido lo destaca Juan Pablo II: «principio y fuerza de la comunión, pues sin el amor la familia no es una comunidad de personas, así también sin el amor la familia no puede vivir, crecer y perfeccionarse como comunidad de personas»<sup>46</sup>, y dígase lo mismo referido al matrimonio. Es decir, aunque el amor no sea fundamento, ni causa eficiente ni fin del matrimonio, es, sin embargo, «condición *moral* de constitución del matrimonio, porque se desnaturaliza el vínculo conyugal cuando se celebra a impulso de móviles distintos; pero no es condición jurídica, porque el derecho no tiene jurisdicción sobre los sentimientos; y menos es condición de subsistencia, porque una vez contraído el matrimonio brotan deberes de los cónyuges entre sí y de éstos para con los hijos, deberes que no pueden depender del amor, por más que sin la fuerza y el calor de este sentimiento se hagan harto difíciles de cumplir»<sup>47</sup>.

Y esto viene confirmado por Juan Pablo II cuando enseña que «la comunión primera es la que se instaura y se desarrolla entre los cónyuges; en virtud del pacto de amor conyugal, el hombre y la mujer “no son ya dos, sino una sola carne” y están llamados a crecer continuamente en su comunión a través de la fidelidad cotidiana a la promesa matrimonial de la recíproca donación total. Esta comunión conyugal hunde sus raíces en el complemento natural que existe entre el hombre y la mujer y se alimenta mediante la voluntad personal de los esposos de compartir todo su proyecto de vida, lo que tienen y lo que son; por eso tal comunión es el fruto y el signo de una exigencia profundamente humana»<sup>48</sup>. Y con fuerza insiste en el efecto de la alianza conyugal, en la esencial del matrimonio en su subsistencia o *in facto esse*, al afirmar que «al igual que cada uno de los siete Sacramentos, el Matrimonio es también un símbolo del real acontecimiento de la salvación, pero de modo propio. “Los esposos participan en cuanto esposos, los dos, como pareja, hasta tal punto que el efecto primario e inmediato del sacramento (*res et sacramentum*) no es la gracia sobrenatural mis-

45. P. J. VILADRICH: *Amor conyugal y esencia del matrimonio*, en “Ius Canonicum” 12 (1972) n. 23, 313.

46. Exhort. *Familiaris consortio*, n. 18.

47. J. CASTÁN TOBEÑAS: *O. cit.*, págs. 158-159.

48. Exhort. *Familiaris consortio* n. 19.

ma, sino el vínculo conyugal cristiano"»<sup>49</sup>. Es, pues, el vínculo jurídico, exclusivo e indisoluble, la esencia del matrimonio de hecho, aquello que une al hombre y a la mujer después de celebrado el matrimonio. La consecuencia y el efecto de ese «pacto de amor conyugal o elección consciente y libre, con la que el hombre y la mujer aceptan la comunidad de vida y amor»<sup>50</sup>.

Sin olvidar nunca que «la íntima comunidad conyugal de vida y de amor» se asienta sobre la alianza de los cónyuges, sobre su consentimiento personal e irrevocable descansa el matrimonio<sup>51</sup>. Por ello, y como lógica consecuencia, la trascendencia del pacto conyugal sobre lo personal y particular. A través de la alianza conyugal los esposos unen sus vidas para siempre y se prometieron y comprometieron a amarse en todo momento. Compromiso de amor y de mutua entrega y de unión en sus naturalezas —serán una sola carne— que no conoce límite temporal, pues su único límite es: hasta que la muerte los separe. Estamos ante el concepto genuino de matrimonio. De él se excluyen, como no conformes con el ideal querido por la misma Naturaleza, el matrimonio de interés, el de vanidad, el de ambición, etc. Y ese matrimonio ideal natural es el único que sobrevivirá siempre en el sentir humano como aspiración, meta e ideal. Es decir, «el matrimonio, tal como lo ha concebido una vez al menos en su vida toda alma generosa, es aquel que, de acuerdo con el respeto de nosotros mismos y de la persona amada, comienza con el amor y se confunde con el amor hasta el momento del divorcio inevitable, del divorcio eterno»<sup>52</sup>. En esta perspectiva amor y matrimonio aparecen como entrelazados fuertemente, mutuamente implicados y cogestores de la empresa conyugal. O en expresión lapidaria de Saint Marc Girardin: «el matrimonio tiene el doble mérito de dar al amor la fuerza de una ley, y a la ley la dulzura de una afección»<sup>53</sup>. Pero con todo no se identifican, pues el amor, como dijimos, es un estado afectivo y pertenece al área de los sentimientos, y el matrimonio es un estado social y legal, una realidad objetiva<sup>54</sup>. Y aunque en el Vaticano II, en su Constitución «Gaudium et Spes», el amor se coloque en el mismo plano del matrimonio y aparezcan como dos realidades trabadas entre sí y como si no fuera posible entender la una sin la otra, ello no hace concluir que se trate de dos realidades idénticas, que el amor conyugal sea el matrimonio mismo; pues obsérvese que siempre el amor conyugal y el matrimonio, en los textos conciliares, están separados por la conjunción copulativa<sup>55</sup>. Relacionar y parangonar las cosas

49. *Ibid.*, n. 13.

50. *Ibid.*, n. 11.

51. Cf. Const. *Gaudium et Spes*, n. 48.

52. FRANCK: *Philosophie du Droit Civil*, París, 1886, pág. 25, en J. CASTÁN TOBEÑAS: *O. cit.*, pág. 499, nota 2.

53. Cf. J. CASTÁN TOBEÑAS: *O. cit.*, pág. 70.

54. Cf. nota 37.

55. Cf. T. GARCÍA BARBERENA: *O. cit.*, pág. 263; J. M. SERRANO RUIZ: *Aspectos jurídico-canónicos del amor conyugal*, o. cit., pág. 18. Donde se pregunta si el amor conyugal es el matrimonio mismo; S. PANIZO ORALLO: *Las sentencias rotales del año 1970. Apuntes jurídicos*, en "Revista Española de Derecho Canónico" 37 (1981) n. 108, 492-493: "El matrimonio y el amor aparecen ciertamente relacionados, pero

no equivale a identificarlas y confundirlas, y de ello se ha cuidado muy bien el Concilio.

9. En vista de cuanto precede, juzgamos que, en efecto, y esto es claro, el detrimento o pérdida del amor dentro de un matrimonio válido en nada puede afectar ni producir *a posteriori* la nulidad del matrimonio *in fieri*. Sin embargo, si alguno de los contrayentes o los dos, al mismo tiempo, consintieran en matrimonio, pero con una voluntad premeditada y contraria a la comunidad de vida y de amor «habría motivos serios para dudar de la validez de dicho consentimiento para establecer una legítima y válida alianza conyugal (vínculo), pues al *ius-officium in communionem vitae* se le habría privado de su propio, estructural, óptico y psicológico fundamento... la comprobación de una voluntad negativa y antecedente al cultivo y realización del amor en el matrimonio supondría *eo ipso* una voluntad contraria a la *communio vitae*, y, por tanto, la nulidad del matrimonio»<sup>56</sup>. Entendemos que el razonamiento es muy serio y objetivo. Y, por otra parte, un matrimonio así traicionaría las exigencias naturales del mismo, estaría en abierta y frontal contradicción con el objeto del consentimiento matrimonial: la comunidad de vida y de amor; y con la dignidad y contenido, en general, de la institución matrimonial. Pues, «la naturaleza o esencia del amor conyugal está en aquella íntima y mutua entrega, por la que el hombre y mujer establecen una comunión de vida, en la que por su unión llegan a la relación marital, a la que llamamos matrimonio y en la que éste se define como por su causa formal o intrínseca»<sup>57</sup>. O más claramente aún: «el objeto del consentimiento mutuo de los nupciales... es la *communio vitae*... entendida como manifestación de la mutua donación de amor y del mutuo perfeccionamiento enriquecedor entre los cónyuges... (y) de la que forma parte esen-

no confundidos por el Concilio en afirmaciones como estas: «la institución del matrimonio y el amor conyugal, por su índole natural, están ordenados a la procreación y educación de los hijos». Y la misma idea se repite en el n. 50 de la Const. *Gaudium et Spes*. Quiere ello, sin duda, decir que la ordenación a la procreación es el elemento común en el matrimonio y en el amor conyugal y en ambas cosas dicha ordenación... constituye elemento de su estructura interna. Esta ordenación hace que ambas cosas aparezcan mutuamente relacionadas. Pero el matrimonio... no se ordena únicamente a la prole, sino también a otros bienes y valores; y ello explica que sin prole, aunque no sin ordenación a la prole, haya matrimonio y el mismo perseverare en cuanto «*totius vitae consuetudo et communio*», manteniendo todo su valor y todas sus propiedades... sin esa ordenación ni el matrimonio puede ser verdadero matrimonio ni el amor podrá ser calificado como conyugal. La «*ordinatio ad prolem*» es por tanto elemento clave en la relación entre el matrimonio y el amor conyugal". Pero uno y otro son dos realidades distintas.

56. F. GIL DELGADO: *El objeto del consentimiento matrimonial*, o. cit., págs. 144-145; cf. J. M. SERRANO RUIZ: *La exclusión del "ius ad vitae communionem" como causa de nulidad de matrimonio*, en *Curso de Derecho Matrimonial y Procesal Canónico para profesionales del Foro*, Salamanca, 1980, tomo 4, págs. 236-237: "Si la configuración concreta de un proyecto de matrimonio por parte de cualquiera de los esposos lleva consigo una negación real —expresa o equivalente— de la comunidad de vida, yo no dudaría en afirmar la nulidad de tal matrimonio, aunque explícitamente no se hubiera reconocido como excluida la indisolubilidad, la fidelidad o la procreación".

57. *SRRD, seu Sent.*, vol. 62, pág. 982, n. 5, coram FAGIOLO.

cial el *ius in corpus*»<sup>58</sup>. De aquí que si en algún caso concreto se diera esa voluntad contraria y hostil a la realización del amor conyugal, ello supondría un rechazo de cuajo a la *communio vitae et amoris* y equivaldría a una renuncia abierta y positiva a entrar en la institución matrimonial, ya que «donde quiera que se dé una exclusión radical y absoluta de la vida común sustituyéndola por otra realidad del todo incompatible con la imagen de aquélla, habrá un supuesto de nulidad de matrimonio»<sup>59</sup>, pues esa comunión de vida y de amor constituye, según el concilio Vaticano II, el objeto formal del consentimiento matrimonial<sup>60</sup>, y rechazarla constituiría un caso de nulidad matrimonial. Porque «si il nubente, spinto dall'odio, esclude positivamente il rapporto interpersonale con l'altro, non volendone affatto il bene né il rapporto con se stesso, il vincolo é certamente nullo»<sup>61</sup>.

Es decir, «el amor personal conyugal considerado como *acto* se identifica con el consentimiento matrimonial. El contenido inmediato de ese acto o consentimiento es una donación; el objeto de esta donación de las personas es la constitución de la unión (unidad) de las personas de los cónyuges ordenada a la procreación... el efecto inmediato de esta unión (unidad) constituida es la "*communitas vitae et amoris*"... la "*individua vitae consuetudo*"... el "*consortium omnis vitae*"...»<sup>62</sup>. Así, pues el amor conyugal se proyecta a establecer una comunidad de vida, en el sentido más profundo y rico, y a la procreación. Así lo atestigua y corrobora la fórmula de otorgamiento del consentimiento matrimonial: «Yo *A* te quiero a ti *B* como esposo/a y me entrego a ti, y prometo serte fiel en las alegrías y en las penas, en la salud y en la enfermedad, todos los días de mi vida»<sup>63</sup>. Un claro pacto de amor,

58. J. J. GARCÍA FAÍLDE: *Algunas sentencias y decretos*, Salamanca, 1981, pág. 51, n. 1.

59. J. M. SERRANO RUIZ: *Nulidad por exclusión del "ius ad vitae communionem"*, o. cit., págs. 336-337.

60. Cf. el mismo: *ibid*, págs. 228-229. Pero obsérvese que el texto del proyecto prescinde del término *amor* al fijar la fórmula "*communio vitae coniugalis*" referida a la esencia del pacto conyugal. Seguramente para clarificar y dejar sentado que el amor no pertenece a la esencia del matrimonio. No obstante entiende este autor "que bien sea en la correctísima y bellísima voz *communio*, bien con cualquier sinónimo que se emplee con mención expresa —"*communio vitae et amoris coniugalis*"— o con lógica e intuitiva suplicencia tácita —"*communio vitae coniugalis*"— hoy no se puede aludir a la vida común —*communio*— sin integrar en ella el amor... el amor conyugal es para mí elemento necesario y fenomenología lógica y normal de un matrimonio de calidad y sinceridad fundamentalmente humanas. Y mucho más en un matrimonio cristiano".

61. O. GIACCHI: *L'esclusione del "matrimonium ipsum". L'esclusione dello "ius ad vitae communionem"*, en "Quaderni romani di Diritto Canonico" 1 (1977) 22.

62. J. J. GARCÍA FAÍLDE: *Por una acertada concepción del matrimonio*. Iltre. Colegio de Abogados de Barcelona. Barcelona, 1978, pág. 57.

63. *Ritual del matrimonio*, Madrid, 1971, n. 94, 1.ª; cf. L. VELA: *La disciplina matrimonial vigente a la luz del Vaticano II y de la nueva codificación*, o. cit., pág. 41: "El consentimiento matrimonial es un acto de relación intersubjetiva, y, por lo tanto, formalmente jurídico, en el cual dos personas sexualmente distintas se entregan y aceptan mutuamente en cuanto personas para formar una íntima comunidad de vida y de amor, perfecta de sí mismas y abierta, por su propia índole, a la procreación y educación de los hijos... El consentimiento matrimonial manifiesta inseparablemente una voluntad de donación mutua y una adhesión a una comunidad de vida y amor".

una alianza cuyo objeto es una comunidad de vida y de amor. No sólo un *ius in corpus*; sino esto y algo más. O sea, que el objeto del consentimiento no deberá situarse de forma estricta en el *ius in corpus*, sino que «estará más bien en el *ius* a esa *communio vitae* de la que sin duda el *ius in corpus* siempre será elemento muy cualificado»<sup>64</sup>. Es la visión y aportación del Vaticano II que ennoblece, enriquece y eleva el concepto un tanto fisiológico del Codex.

10. Y en esta línea y orden de cosas nos dice la jurisprudencia rotal que el consentimiento matrimonial se define como «el acto de la voluntad por el que marido y mujer, con su alianza mutua o consentimiento irrevocable, constituyen la comunión de vida conyugal perpetua y exclusiva, destinada por su propia naturaleza a la generación y educación de los hijos. De ahí que el objeto formal substancial de este consentimiento sea no sólo el derecho *in corpus* perpetuo y exclusivo... sino que además comprenda el derecho a la comunión de vida o vida común que se conoce propiamente como matrimonial, y también las relativas obligaciones, o sea el derecho 'a la íntima unión de personas y actividades' por la que (los esposos) se perfeccionan mutuamente para colaborar ante Dios en la generación y educación de los nuevos vivientes»<sup>65</sup>. Comunión de vida que pertenece a la esencia del pacto matrimonial, no el amor; pero la falta de amor podrá servir de pauta indicativa, de indicio para mejor detectar y descubrir algún capítulo de nulidad matrimonial, aunque ella en sí no constituya capítulo autónomo de nulidad, ya que «tamen amoris defectus, vel eo magis positiva aversio, signum esse potest consensus haud spontanei»<sup>66</sup>. Y es claro que, dado que el matrimonio es una 'íntima comunidad conyugal de vida y amor' o 'comunidad de amor', cuando en lugar de éste se da aversión y agria repulsa hacia el futuro cónyuge, está faltando algo necesario en el matrimonio. Y, por tanto, la aversión será una clara presunción, y la más corriente y repetida, que milita y aboga por la nulidad matrimonial, pues el consentimiento matrimonial es prioritaria y totalmente incompatible con la enorme e implacable aversión de uno de los contrayentes hacia el otro<sup>67</sup>. No basta la simple falta de cariño para que se tipifique la aversión cualificada e implacable.

64. S. PANIZO ORALLO: *O. cit.*, pág. 493.

65. *SRRD, seu Sent.*, vol. 61, pág. 183, n. 16, coram ANNÉ; cf. J. M. SERRANO RUIZ: *Nulidad de matrimonio coram Serrano*, Salamanca, 1981, pág. 102.

66. *SRRD, seu Sent.*, vol. 5, dec. 50, pág. 627, n. 31, coram PRIOR; cf. J. GOTI: *Amor y matrimonio en las causas de nulidad por miedo en la jurisprudencia de la S. Rota Romana*, Oviedo, 1978; J. RODRÍGUEZ: *Nulidad por miedo grave*, en *Las Causas Matrimoniales*, Salamanca, 1953, pág. 349, n. 42.

67. Cf. J. J. GARCÍA FAÁLDE: *La prueba presuntiva en los procesos rotales de nulidad matrimonial por simulación total y parcial (años 1909-1952)*, en "Revista Española de Derecho Canónico" 15 (1960) n. 43, 68. Además la exclusión del derecho a la "*communitas vitae*" es capítulo de nulidad diferente de los constituidos por la exclusión de cada uno de los tres bienes clásicos del matrimonio, y ello aunque la exclusión de la comunión de vida incluya en sí la exclusión de los mencionados bienes: cf. Z. GROCHOLEWSKI: *De "communione vitae" in novo schemate "De matrimonio" et de momento juridico amoris coniugalis*, en "Periodica" 68 (1979) fasc. 3, 447-455; J. J. GARCÍA FAÁLDE: *Algunas sentencias y decretos*, o. c., pág. 99; J. M. SERRANO

A todo esto dirá Juan Pablo II que «si la persona se reservase algo o la posibilidad de decidir de otra manera en orden al futuro, ya no se donaría totalmente»<sup>68</sup>. Y entonces no se verificaría ni tendría lugar la alianza conyugal. Ese concurso de voluntades de los contrayentes produciría algo no identificable con el matrimonio cristiano. Sería otra cosa distinta.

11. En efecto, entendemos que ha quedado repetidamente señalada y remarcada la destacadísima misión que al amor le corresponde dentro del matrimonio y de la familia y su estrecha unión y ensamblaje con aquél y con ésta, sin olvidar que es en el consentimiento donde descansa y se asienta el matrimonio. Por ello, «demos generosamente al amor conyugal en lo psicológico y ético lo que es del amor, y demos en justicia al consentimiento matrimonial en el campo jurídico lo que al consentimiento corresponde»<sup>69</sup>. Haciendo también hincapié en que no nos podemos acercar al Vaticano II con una determinada *forma mentis* para hacerle decir lo que no dice, ni tuvo intención de decir acerca de la temática que nos ocupa. Es claro que evitó todo pronunciamiento sobre la jerarquía de los fines del matrimonio: cuáles primarios y cuáles secundarios, aunque a lo largo de la Const. «Gaudium et Spes» uno lea entre líneas la doctrina de la encíclica «Casti connubii» de Pío XI, pues aquélla depende de ésta. Y no se pronunció porque se trata de un documento, la mencionada constitución conciliar, pastoral y no doctrinal. Y nunca se propuso sentar doctrina en cuanto a la esencia y fines del matrimonio. Sólo nos dice que el matrimonio está dotado de varios fines, pero únicamente concreta uno y lo repite: la procreación<sup>70</sup>. Y en ningún momento menciona que el amor sea fin del matrimonio, ni tampoco su causa eficiente. Sí que el matrimonio sea efecto de aquél, porque el amor está llamado a ser el «principio y fuerza de la comunión»<sup>71</sup>. Pues es evidente que sin su presencia, dinamismo y operatividad, el matrimonio estará muy lejos de ser lo que es en los matrimonios logrados y felices. De aquí su radical importancia. Y su pertenencia a la esencia del matrimonio en el sentido ya expuesto: el hombre y la mujer a través de su alianza conyugal aceptan una

RUIZ: *Nulidad por exclusión del "ius ad vitae communionem"*, o. cit., págs. 225-227. Donde trata de establecer unas notas tipificadoras del capítulo de la comunión de vida, y como distinto de los capítulos clásicos de los bienes del matrimonio.

Algo parecido de lo que ocurre con la simulación total y la parcial: aquélla incluye la exclusión de los bienes del matrimonio, pero la exclusión de éstos no supone aquélla, es decir, "qui totaliter simulat omnia officia coniugalia excludit; qui partialiter, tantummodo quae respiciunt matrimonii bona... qui tria bona matrimonii simul excludit non totalem sed partialem simulationem patrat": *SRRD, seu Sent.*, vol. 63, págs. 589-590, n. 3, coram PINTO; cf. S. PANIZO: *O. cit.*, pág. 477, b).

68. Exhort. *Familiaris consortio*, n. 18; cf. J. M. SERRANO RUIZ: *La relación interpersonal, centro de interés en los procesos matrimoniales canónicos*, en *Curso de Derecho Matrimonial y Procesal Canónico para profesionales del Foro*, Salamanca, 1978, tomo 3, pp. 188-189; S. PANIZO: *El objeto del consentimiento matrimonial y el "ius in corpus"*, en *ibidem*, pp. 103-104.

69. L. DEL AMO: *El amor conyugal y la nulidad del matrimonio*, o. cit., pág. 104.

70. Cf. Const. *Gaudium et Spes*, n. 48; T. GARCÍA BARBERENA: *O. cit.*, págs. 255, 261.

71. Exhort. *Familiaris consortio*, n. 18.

comunidad íntima de vida y de amor. Nace entre ellos un vínculo jurídico que, entre otras cosas, implica y contiene la obligación de los esposos de amarse siempre. Y esta obligación de seguir amándose no se extingue, aunque el amor enferme o muera. Y en este sentido el amor es esencial al matrimonio.

Ahora bien, «para hacer frente con constancia a las obligaciones de esta vocación cristiana, se requiere una insigne virtud; por eso los esposos, vigorizados por la gracia la vida de la santidad, cultivarán la firmeza en el amor, la magnanimidad de corazón y el espíritu de sacrificio»<sup>72</sup>. Y este amor conyugal, tal como lo entiende el Vaticano II y la encíclica «*Humanae vitae*», es un amor de caridad o ágape<sup>73</sup>. Y sólo cuando éste preside y baña toda la realidad conyugal, el matrimonio brilla con propio esplendor y su logro es un hecho y una ejemplar realidad, pues «el sexo llama al eros; el eros, en el redimido, llama a la ágape. El campo del eros es más vasto y elevado que el del sexo; la ágape lo es inmensamente más que ambos, pero de ambos debe enseñorearse, para guiarlos y ennoblecerlos»<sup>74</sup>. Pero estos logros y objetivos exigen un serio entrenamiento y una sólida y maciza preparación. Peligrosa resulta toda improvisación, y aún más en este campo caracterizado por graves deberes y cargas y, además, de por vida. Pues es claro que «uno de los momentos trascendentales de nuestra vida, quizá el más trascendente de todos ellos, es aquel en que, hombres y mujeres, cambiamos la libertad sin cuidados de la vida de solteros por la existencia, llena de obligaciones y problemas del matrimonio. ¿De qué modo nos preparamos para esta variación esencial y muchas veces definitiva en el rumbo de nuestras vidas?»<sup>75</sup>. Y como una novedad del documento pontificio «*Familiaris consortio*» n. 66 están sus normas pastorales sobre la preparación remota y próxima de los contrayentes, y urgiendo y aconsejando a las Conferencias Episcopales que publiquen un *Directorio* para la pastoral de la familia. No sólo se preocupa de exponer la doctrina cristiana del matrimonio, sino también de sugerir las líneas y apoyos humanos que han de madurar y fortalecer a los futuros esposos y, así, su unión sea leal y lograda, en la medida de lo posible.

12. Finalmente, hemos tratado de situar en el fiel de la balanza al amor y darle el lugar que le corresponde dentro del matrimonio. Uno y otro vienen estrechamente unidos en la Const. «*Gaudium et Spes*» y en la Exhort. «*Fa-*

72. Const. *Gaudium et Spes*, n. 49.

73. Cf. nota 23.

74. B. HÄRING: *La ley de Cristo*, Barcelona, 1963, tomo II, pág. 267; cf. J. F. CASTAÑO: *Introducción ad ius matrimoniale. I. De matrimonii natura*, Romae, 1975, págs. 120-121; M. USEROS CARRETERO: *Amor, sexo y matrimonio*, Madrid, 1967, pág. 107: «el único fundamento sólido de las nupcias cristianas... es el amor caritativo... sin la caridad las garantías de éxito conyugal son endeble... el amor erótico puede alcanzar una gran intensidad y plenitud, pero suele ser pasajero, para sobrellevar el peso de lo cotidiano con espíritu de comunión nupcial, lo único será el amor caritativo. En este caso los esposos se aman, a pesar del ocaso pasional o del declive de los sentimientos, por ser el primer prójimo, con quien hay que ejercitar el mandamiento nuevo de la caridad, como prueba de amor de Dios».

75. G. MARAÑÓN: *O. cit.*, pág. 183.

miliaris consortio». Y la doctrina y jurisprudencia citadas son claro exponente del impacto y trascendencia que en campo jurídico ha tenido la feliz y fecunda expresión conciliar al designar el objeto del consentimiento matrimonial como una 'comunidad de vida y de amor', con su inmediata repercusión en la teoría del consentimiento y en los nuevos esfuerzos y planteamientos de la jurisprudencia rotal<sup>76</sup>. Es decir, claras novedades aportó el Vaticano II que ahora remarca la Exhort. «Familiaris consortio», abriendo nuevos horizontes a la reflexión e investigación jurídicas, consecuente y en consonancia con la profundidad, riqueza y dignidad del matrimonio cristiano. Por ello nos parece muy simplista el afirmar que, aunque el Vaticano II no jerarquizó los fines y bienes del matrimonio, es porque se remitió en todo a las doctrinas de san Agustín, santo Tomás, a la Encíclica «Casto connubii» de Pío XI y al Denzinger, dando a entender que hacía suya, sin más, la doctrina tradicional al respecto<sup>77</sup>. No compartimos este punto de vista, pues «decir que nada ha cambiado, que sigue vigente la doctrina tradicional, que todo cuanto el Concilio dice sobre la *communitas vitae et amoris* y sobre el amor conyugal son frases de un documento pastoral sin trasfondo doctrinal ninguno —y no se olvide que dedica al amor muchas referencias y un capítulo entero—, es ignorar el proceso de elaboración de los textos y negarse a leer el Concilio en serio. Sólo con una ciega impermeabilidad al Concilio se ha podido decir —es la teoría de P. Fedele— que "anche dopo la 'Gaudium et Spes' soltando nell' "ordinatio ad prolem", nella "proles in suo principio", consiste l'essenza del matrimonio"<sup>78</sup>.

Y también es sobradamente claro que los textos conciliares, aunque dan gran importancia al tema del amor, como igualmente lo hace la Exhort. «Familiaris consortio», son rotunda y claramente antidivorcistas, como ésta; pudiéndose afirmar que, en su convicción y fuerza sobre la indisolubilidad del matrimonio, van más allá aún de la doctrina tradicional<sup>79</sup>.

VIDAL GUITARTE IZQUIERDO

76. Cf. T. GARCÍA BARBERENA: *O. cit.*, pág. 262.

77. L. DEL AMO: *El amor conyugal y la nulidad de matrimonio*, o. cit., pág. 82; cf. E. MOLANO: *O. cit.*, págs. 229-236.

78. T. GARCÍA BARBERENA: *O. cit.*, pág. 280; cf. E. LÓPEZ AZPITARTE: *O. cit.*, pág. 216; S. PANIZO: *El objeto del consentimiento matrimonial y el "ius in corpus"*, en *Curso de Derecho Matrimonial y Procesal Canónico para profesionales del Foro*, Salamanca, 1978, tomo 3, págs. 95, 99 d).

79. Cf. T. GARCÍA BARBERENA: *O. cit.*, pág. 264.